

Ama tu ritmo, y rima tus acciones
bajo su ley, así como tus versos;
eres un universo de universos
y tu alma una fuente de canciones.
La celeste unidad que presupones
hará brotar en ti mundos diversos,
y al resonar tus números dispersos
pitagoriza en tus constelaciones.
Escucha la retórica divina
del pájaro del aire y la nocturna
irradiación geométrica adivina;
mata la indiferencia taciturna
y engarza perla y perla cristalina
en donde la verdad vuelca su urna.

Recordemos también que Rubén es el resucitador de los arcaicos «dezires, layes y canciones» y el mantenedor de los primitivos castellanos, como Berceo e Hita, frente al siglo de oro:

Y muy siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Ya tenemos ante los ojos los elementos que constituyen el clasicismo de Rubén. El poeta cree, de una parte, en los primitivos. Son el paraíso primoeval. Pero ahora viene la caída de Adán, el pecado original. Son los clichés del siglo de oro y el agarbanzamiento de las últimas décadas del siglo pasado. Falta la redención y ésta se realiza por el esfuerzo, por la pesquiza, por la fe, por la gracia.

Clásico ante la forma no es sino un romántico ante la vida. No cree en el pecado original. Su creencia fundamental pudiera definirse como la unidad de la vida y de la naturaleza, la misma en nosotros que fuera de nosotros. Todos sus dogmas pudieran resumirse en uno solo: «la vida es la vida, no hay más vida que la vida, ni otro profeta de la vida que el poeta». Con esto no niego que Rubén poseyera otra adoración más elevada que la de la vida. Rubén habría contestado inmediatamente que por encima de la vida está Dios, pero se habría rectificado tal vez luego para decir que Dios es la vida. En todo caso, la fe que más frecuente y fervorosamente expresa en sus versos es la de la unidad de la vida:

Lo que el árbol desea decir y dice al viento,
y lo que el animal manifiesta en su instinto,
cristalizamos en palabra y pensamiento.
Nada más que maneras expresan lo distinto.

Rubén expresó su religión, y por cierto que con una palabra que ya ha dejado de ser palabra para convertirse en ritmo puro, en su «Poema del Otoño», pero si esta no fuera una revista de público reducido y escogido, yo no me atrevería a reproducir las palabras del poeta:

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.
Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;
gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.
Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.
Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

Si la vida y la Naturaleza es una, no hay ya pecado original. «La vida es pura y bella», dice el poeta en su poema «Pegaso». Y todos los caminos, menos el miedo, menos la envidia, menos la miseria, menos la pura negación, (Rubén es un Goethe que no temiera el escándalo de los burguesitos de Alemania), son caminos que conducen al bien. Pregunta el poeta:

Qué vereda se indica
cuál es la vía santa,
cuando Jesús predica
o cuando Nietzsche canta?

Y se contesta al fin del poema:

Santidad y heroísmo
tienen el propio vuelo
con el genio que vuela entre los dos;
los Santos y los Héroeos
tienen el propio cielo,
y todos ellos buscan la dirección de Dios.

En veinte poemas diferentes intenta Rubén la conciliación de los anhelos de la vida carnal con los anhelos supracarnales de la Cruz. Por ejemplo, cuando dice:

Entre la catedral y las ruinas paganas
vuelas, ¡oh Psiquis!, ¡oh alma mía!
... Y de la flor
que el risueño
canta en su griego antiguo, de la rosa,
vuelas, oh Mariposa!,
¡a posarte en un clavo de Nuestro Señor!

Y en el mágico «Responso a Verlaine» quiere que:

el sátiro contemple sobre un lejano monte
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
¡y un resplandor sobre la cruz!

No nos figuremos que este intento de casar lo pagano con lo cristiano es un modo puramente poético. Lo característico de Rubén es que se trata de un espíritu religioso, pero de una religión que es toda perdón y absolución y comprensión, pero en la que no existen ni el pecado ni el mal. En su «Historia de mis libros», Rubén condena su poesía «Ananké», diciendo que: «es una poesía aislada y que no se compadece con mi fondo cristiano», pero en-

seguida añade estas palabras: «El más intenso (?) teólogo puede deshacer en un instante la reflexión del poeta en ese instante pesimista, y demostrar que tanto el gavilán como la paloma forman parte integrante y justa de la concorde unidad del universo, y que, para la mente infinita, no existen, como para la limitada mente humana, ni Arimanes, ni Ormuz». Innecesario decir que esta afirmación es incompatible con el cristianismo. Despojar el cristianismo de su moralidad es quitarle su ser y su substancia, y la moral es la separación del bien y del mal. Lo curioso de Rubén es que la figura del Cristo le llena siempre de una emoción sincera, pero que no ve en el símbolo de la Cruz más que los brazos abiertos que perdonan y quieren. Del Cristo militante que empuña el látigo para echar a los mercaderes del templo, que proclama que no trae al mundo la paz, sino la espada, y que dice que no ha venido a abolir la ley, sino a cumplirla, Rubén no parece saber nada. Todos los caminos conducen al cielo, está diciéndonos Rubén en cada verso, y no parece haber averiguado que el camino de la carne es el camino de la muerte, «porque la muerte es la paga del pecado», según San Pablo.

Este es el romanticismo de Rubén. Como no siente el pecado original, no necesita hacer examen de conciencia, ni someter a revisión sus inclinaciones naturales, sino que las sigue ingenuamente. A veces se pregunta si pudiera haber seguido otro camino. Ante una cartuja se interroga si podía haberse hecho cartujo, porque el poeta admira de buena fe: «a los callados hijos de San Bruno», mas para ello necesitaría:

Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomos del pecado.

Aquí he de decir que este sentimiento es impropio de la elegancia espiritual de Rubén. Dice lo que se le ocurre a cualquier dama adúltera que visitase con su amante una cartuja; lo que ya se han dicho millones de señoras corrompidas cuando se ponen sentimentales al recuerdo de una religiosidad que ha dejado de influir en su conducta y se excusan sus extravíos imaginándose que son consecuencia fatal de sus atractivos, que es lo que hace Rubén al suponer que los hijos de San Bruno carecen de sus manos de amante, hechas expresamente para la caricia. La verdad es que también los cartujos tienen manos de amante y bocas sensuales y experimentan las mismas tentaciones, sólo que por aguantarlas y vencerlas son sus vidas ejemplares o clásicas, en tanto que la de nuestro grande y querido poeta, vida romántica, vida de